



Texto adaptado de La pata de mono W.W. Jacobs

fragmento Adecuación: Lic. Michel Marx

Este fragmento pertenece a la última parte del cuento (3). En la que podemos ver el desenlace de la historia con el pedido de los últimos dos deseos por parte del Señor y la Señora White.

“En el cementerio nuevo, a unas dos millas de distancia, **marido y mujer** dieron sepultura a su **hijo muerto** y volvieron a la casa transidos de la sombra y el silencio.

Todo pasó tan pronto que al principio casi el Sr. Y la Sra. White no lo entendieron y quedaron esperando alguna otra cosa que les aliviara el dolor. Pero los días pasaron y la expectativa se transformó en resignación, esa desesperada resignación de los viejos, que algunos llaman apatía.

Pocas veces hablaban, porque no tenían nada que decirse; sus días eran interminables hasta el cansancio.

Una semana después, el señor White, despertándose bruscamente en la noche, estiró la mano y se encontró solo.

El cuarto estaba a oscuras, oyó cerca de la ventana, un llanto contenido. Se incorporó en la cama para escuchar.

-Vuelve a acostarte -dijo tiernamente-. Vas a coger frío.

-Mi hijo Herbert tiene más frío -dijo la señora White y volvió a llorar.

Los sollozos se desvanecieron en los oídos del señor White. La cama estaba tibia, y sus ojos pesados de sueño.

Un despavorido grito de su mujer lo despertó.

-**La pata de mono** -gritaba con locura-, **la pata de mono**.

El señor White se incorporó alarmado.

-¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Qué sucede?

Ella se acercó:

-La quiero. ¿No la has destruido?

-Está en la sala, sobre la repisa -contestó asombrado-. ¿Por qué la quieres?

Llorando y riendo se inclinó para besarla, y le dijo histéricamente:

-Sólo ahora he pensado. ¿Por qué no he pensado antes? ¿Por qué tú no pensaste?

-¿Pensaste en qué? -preguntó.

-**En los otros dos deseos** -respondió en seguida-. **Sólo hemos pedido uno**.

-¿No fue bastante?

-No -gritó ella triunfalmente-. **Le pediremos otro más**.

Búscala pronto y **pide que nuestro hijo Herbert vuelva a la vida**.

El Sr. White se sentó en la cama, temblando.

-Dios mío, estás loca.

-Búscala pronto y pide -le dijo-; ¡mi hijo, mi hijo!

El hombre encendió la vela.

-Vuelve a acostarte. No sabes lo que estás diciendo.

-**Nuestro primer deseo se cumplió**. ¿Por qué no hemos de pedir el segundo?

-Fue una coincidencia.

-Búscala y desea -gritó con exaltación la Sra. White.

El marido se volvió y la miró:

-Hace diez días que Herbert está muerto y además, no quiero decirte otra cosa, lo reconocí por el traje. Si ya entonces era demasiado horrible para que lo vieras.

-¡Tráemelo! -gritó la mujer arrastrándolo hacia la puerta-. ¿Crees que temo al Herbert niño que he criado?

El señor White bajó en la oscuridad, entró en la sala y se acercó a la repisa.

El **talismán** estaba en su lugar. Tuvo miedo de que el deseo todavía no formulado trajera a su hijo Herbert hecho pedazos, antes de que él pudiera escaparse del cuarto.

El Sr. White perdió la orientación. No encontraba la puerta.

Tanteó alrededor de la mesa y a lo largo de la pared y de pronto se encontró en el zaguán, con **el maligno objeto en la mano**, la pata de mono.

Cuando entró en el dormitorio, hasta la cara de su mujer le pareció cambiada. Estaba ansiosa y blanca y tenía algo sobrenatural.

Le tuvo miedo a la Sra. White.

-¡Pídelo! -gritó ella con violencia.

-Es absurdo y perverso -dijo él.

-Pídelo -repitió la mujer.

El hombre levantó la mano:

-Deseo que mi hijo Herbert viva de nuevo.

El talismán cayó al suelo. El señor White siguió mirándolo con terror.

Luego, temblando, se dejó caer en una silla mientras la mujer se acercó a la ventana y levantó la cortina.

El hombre no se movió de allí, hasta que el frío del alba lo traspasó. A veces miraba a su mujer que estaba en la ventana. La vela se había consumido; hasta casi apagarse. Proyectaba en las paredes y el techo sombras vacilantes.

Con un inexplicable alivio ante el fracaso del talismán, el hombre volvió a la cama; un minuto después, la mujer, apática y silenciosa, se acostó a su lado.

No hablaron. Escuchaban el latido del reloj.

Crujió un escalón. La oscuridad era opresiva; el señor White juntó coraje, encendió un fósforo y bajó a buscar una vela.

Al pie de la escalera el fósforo se apagó. El señor White se detuvo para encender otro. Simultáneamente **resonó un golpe** escondido, casi imperceptible, **en la puerta de entrada.**

Los fósforos cayeron. Permaneció inmóvil, sin respirar, hasta que **se repitió el golpe.** Huyó a su cuarto y cerró la puerta.

Se oyó un tercer golpe.

-¿Qué es eso? -gritó la mujer.

-Un ratón -dijo el hombre-. Un ratón. Se me cruzó en la escalera.

La mujer se incorporó. Un fuerte golpe retumbó en toda la casa.

-¡Es Herbert! ¡Es Herbert! -La señora White corrió hacia la puerta, pero su marido la alcanzó.

-¿Qué vas a hacer? -le dijo ahogadamente.

-¡Es mi hijo; es Herbert! -gritó la mujer, luchando para que la soltara-. Me había olvidado de que el cementerio está a dos millas. Suéltame; tengo que abrir la puerta.

-Por amor de Dios, **no lo dejes entrar** -dijo el hombre, temblando.

-¿Tienes miedo de tu propio hijo? -gritó-. Suéltame. Ya voy, Herbert; ya voy.

Hubo dos golpes más. La mujer se libró y huyó del cuarto.

El hombre la siguió y la llamó, mientras bajaba la escalera. El Sr. White oyó el ruido de la tranca de abajo, oyó el cerrojo. Y luego, la voz de la mujer, anhelante:

-La tranca -dijo-. No puedo alcanzarla.

Pero el marido, arrodillado, **tanteaba el piso, en busca de la pata de mono.**

-Si pudiera encontrarla antes de que eso entrara,

Los golpes volvieron a resonar en toda la casa. El señor White oyó que su mujer acercaba una silla. Oyó el ruido de la tranca al abrirse, en el mismo instante **encontró la pata de mono.** Y, frenéticamente, **balbuceó el tercer y último deseo.**

Los golpes pararon de pronto, aunque los ecos resonaban aún en la casa. El Sr. White oyó retirar la silla y abrir la puerta. **Un viento helado entró por la escalera, y un largo y desconsolado grito de su mujer** le dio valor para correr hacia ella y luego hasta el portón. **El camino estaba desierto y tranquilo."**

FIN

Vocabulario

Transidos: consumidos.

Coger: tomar, agarrar.

Vacilantes: movedizas.

Apática: desinteresada.

Opresiva: aplastante.

Frenéticamente: furioso, como rabioso.

Balbuceó: dijo.

Cesaron: pararon.

García Muñoz, Oscar (2012), *Lectura fácil: métodos de redacción y evaluación*, Madrid, Real Patronato sobre Discapacidad.

Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-Compartir Igual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).